

Vivienda y empleo

Tras la tragedia del estado Vargas y de otras entidades regionales de Venezuela, con ocasión de las lluvias de diciembre del año 2000, el gobierno tomó una serie de iniciativas que a luz del análisis actual, muestran cómo se ignoraron datos clave sobre la relación entre vivienda y empleo, tal como alertaron muchos analistas del fenómeno urbano.

Ciertamente, la magnitud de los afectados, particularmente en el caso de Vargas, obligaban a acciones y reubicaciones de emergencia, pero tras ellas los círculos oficiales se dejaron llevar por la inercia y el voluntarismo, desconociendo lo que ahora es evidente: el regreso de buena parte de los desplazados a sus lugares de origen. Las razones que aducen éstos son elocuentes: fueron alojados en viviendas de baja calidad, hasta el punto que muchas de ellas tienen serios problemas estructurales o deficiente conexión con los servicios básicos, otras están alejadas de los sitios de trabajo, o sumaron población a centros urbanos donde ya existían situaciones de desempleo o subempleo graves.

La vivienda no puede concebirse aislada de su entorno, no sólo urbano sino económico. Esta verdad digna del señor Perogrullo, fue ignorada en la mayoría de los desarrollos donde se reubicaron los damnificados. Y el resultado está a la vista.

Se sabe también que muchas de las decisiones gubernamentales estuvieron motivadas por una errada pretensión de estimular "el regreso al campo", contraviniendo todas las conclusiones sólidamente establecidas por la investigación urbana en el mundo y en nuestro país sobre el particular. Esta sobrevivencia de la "ideología antiurbana" ha sido analizada con agudeza entre nosotros por Marco Negrón, a cuyos estudios y escritos deberían prestar más atención quienes tienen responsabilidades de Estado tan delicadas.

Estamos siendo testigos del drama de habitantes trashumantes que buscan un lugar en el territorio donde se encuentren alojamiento y empleo porque en circunstancias donde no tenían opción se les condujo adonde estas dos variables no se hallaban reunidas.

El regreso de muchos a sus lugares de origen tampoco resuelve el asunto, dadas las condiciones en que todavía se encuentra el estado Vargas, pero se explica por qué ante la precariedad de su situación, al menos pueden apoyarse en las redes familiares y sociales. El costo humano e, incluso, económico que una acción desacertada de traslado ha significado debería conducir a una profunda reflexión que lleve a un aprendizaje indispensable para no repetir errores de tanta monta y de consecuencias tan costosas socialmente.

El conocimiento acumulado en nuestro país, producto de la investigación y de la experiencia de la gestión pública, fue ignorado en este caso, de allí que nos encontremos ahora obligados a dar respuesta nuevamente a las necesidades a una población que se suponía ya había sido atendida.

Hábitat y empleo tienen que reencontrarse, si es que no queremos estimular unas migraciones obligadas por las circunstancias a las que se condujo una población súbitamente afectada por la violenta acción de los agentes naturales, ayudados por la falta de previsión y planificación.

Alberto Lovera